

Todas las noches, cuando dan las doce,
 sale con débil planta de la aldea,
 fatídicas palabras pronunciando,
 y se dirige audaz á la caverna.
 —¿Está loca quizás? ¿Acaso es bruja?—
 las gentes del lugar dicen al verla.—
 ¿Es una santa? ¿Arrepentida sufre,
 cumpliendo aterradora penitencia,
 ó busca á su galán, que oculto vive
 en los lóbregos senos de la cueva?
 A los piés de la cruz nace una fuente
 que, según dicen, lágrimas gotea.
 ¡Tal vez brota entre histéricos sollozos
 del corazón de la infeliz Elena!

IV

Pasó un año del trágico suceso,
 y salió como siempre la doncella
 á su atrevida expedición. La noche
 estaba como su alma, triste y negra.
 Montañas de vapores se veían
 á la luz del relámpago siniestra,
 cubriendo al mundo con su espesa sombra,
 robándole la luz de las estrellas.
 Comenzaba á llover. —Detente— gritan
 los aldeanos á la osada Elena.—
 Vuelve, vuelve á tu hogar. ¿No ves que estalla
 la cólera de Dios en la tormenta?
 Ella sigue tenaz. A nadie escucha.
 El furor de los cielos no la arredra.

La mano poderosa del destino
 la impele sin cesar dándole fuerzas.
 Dieron las doce. Con violencia horrible
 bramó la tempestad. ¡Qué noche aquella!
 En ráuda, resonante catarata,
 un mar se desplomaba de la esfera,
 y en abrazo de llamas estruendoso
 bajaba el cielo á unirse con la tierra.
 En tanto Elena, indiferente al rayo
 y á su propio dolor tan sólo atenta,
 de los réprobos sufre las angustias.
 ¡Fuego febril circula por sus venas,
 que mayor tempestad es la que ruge
 desgarrando su pecho y su cabeza!

V

Cuando brilló la luz de la alborada,
 un aldeano se acercó á la cueva
 con profundo terror, y halló á la joven
 que á los piés de la cruz estaba muerta.



Un Recuerdo



UN RECUERDO

Vi su tumba; la luna la bañaba
con pálido fulgor;
mústia y fría sobre ella se inclinaba
una amarilla flor.

El aura de la noche, revolando
con dulce languidez,
junto al mármol pasaba murmurando
una oración tal vez.

Aura leve, flor mústia, luna hermosa
que en triste soledad
el sepulcro velais donde reposa
una infeliz beldad;

Génios de luz que de la luz nacisteis,
donde mi alma os ve;
vosotros que en el mundo no perdisteis
virtud, amor y fe;

Vosotros que el piadoso sentimiento
no quereis olvidar,
pues haceis en amante arrobamiento
de una tumba un altar;

Cortesianos sencillos y leales
del llanto y el dolor,
enseñad, si es posible, á los mortales
que aún existe el amor.

Alicia, rosa del radiante Mayo,
nacida en el edén,
la aurora te envi6 su primer rayo,
sus lágrimas también.

¿Qué se hicieron tu encanto, tu figura
y tu talle gentil?
¡Fuiste sol admirable de hermosura
y hoy eres polvo vil!

¿Dónde está, dí, mujer, el que te amaba
con ardiente pasión,
el que un trono inmortal te consagraba
dentro del corazón?

Busca con ansiedad nuevos placeres,
y en hondo frenesí
finje acendrado amor á otras mujeres;
¡no se acuerda de tí!

¡No se acuerda que al cielo por testigo
puso en su loco afán!
Si se ha olvidado de morir contigo,
sus votos ¿dónde están?

¡Ay! no te amó jamás! Si no te mira
cual fantasma de amor
de la noche en las sombras; si no aspira
tu aliento embriagador;

Si tu divina imagen en sus sueños
no brilla, ángel de paz,
retratando el Empíreo en los risueños
contornos de la faz;

Si no divisa el esplendor del cielo
que ya te circundó;
si á través de ese mármol, con anhelo,
la eterna luz no vió;

Si no escuchas de gozo estremecido
tu acento celestial
en el ardiente punzador latido
del corazón leal;

Si no vives por siempre en su memoria;
si no reinas en él,
es su pecho la losa mortuoria
que se labró un infiel.

Quien no pensó jamás, quien nunca siente,
extraño á la razón,
ceniza funeral lleva en la mente,
tumba en el corazón.

Así en el curso de la humana vida,
girando por doquier,
sus promesas de amor el hombre olvida,
esclavo del placer.

¡Goces mentidos, pérfida ventura,
brillante vanidad!

¡Sólo tú, pavorosa sepultura,
enseñas la verdad!



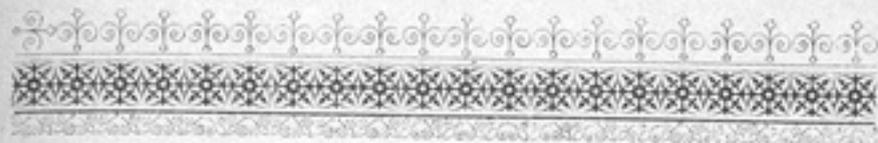
DOS VIAJEROS



Dos Viajeros

Por las sendas de la vida
van dos hombres caminando,
y llevan sobre sus frentes
cargas que á nadie mostraron;
y aun cuando va cuesta arriba
uno, y otro cuesta abajo,
marcha de prisa el primero,
airoso, alegre, gallardo;
y el segundo, mudo y triste
sigue el camino despacio.
—¿Qué lleváis?—pregunta un génio;
y con calor y entusiasmo
—¡Ilusiones y esperanzas!—
exclama el primero ufano;
y el otro, cayendo en tierra,
en llanto acerbo bañado,
dice con débil acento:
—¡Recuerdos y desengaños!

UN CUENTO INVEROSÍMIL



UN CUENTO INVEROSÍMIL

Los cabellos de las rubias
dicen que tienen veneno.
(Cantar popular.)

AMABA Luis á la gentil Teodora
con todo el entusiasmo de un poeta,
y llamábala estrella, sol y aurora,
su pasión loca, en alabar discreta.

Si algunos juzgan hoy que es sólo un mito
el amoroso afán, entonces miento;
perdónenme, si gustan, el delito;
á mí me lo contaron, yo os lo cuento.

Teodora, de Luis enamorada,
ostentaba una espléndida belleza,
por los sueños dulcísimos realzada
de un encendido amor en su pureza.

Rubia como los ángeles, cubría
con trenzas de oro la divina frente,

donde Vénus el nácar robaría
de su lijera concha transparente.

—Dame, mi hermoso bien, un solo rizo
de tus cabellos de oro—el fino amante
dijo á la bella su perenne hechizo,
y ella accedió de júbilo radiante.

Dueño ya el joven de la luz del cielo,
darla culto especial fué necesario:
para el rizo era poco un guardapelo;
púsole en un brillante relicario.

Allí entonces vertió de la poesía
con mano liberal los bellos dones,
y al blondo rizo con calor hacía
madrigales, sonetos y canciones;

Y en mágico idealismo prefiriendo
su amada prenda á los humanos bienes,
se agitaba su espíritu fingiendo
riñas, celos, favores y desdenes.

En su pecho feliz, enamorado
destiló la pasión blando veneno;
ante aquel bello rizo perfumado
era el oro de Ofir inmundo cieno;

Ante él rendidamente suspiraba
frenético postrándose de hinojos,
y en vela siempre sin cesar soñaba
con la hermosa deidad luz de sus ojos.

Por los dardos de amor su pecho herido,
dice en los himnos que extasiado entona

que un serafín, del cielo le ha traído
una joya de luz de su corona.

Génio inmortal entonces se imagina,
ciego ante el sol de las miradas bellas
de esa Teodora, su beldad divina,
ángel puro de amor que pisa estrellas.

La fuerza y el valor de Aquiles siente,
y á someter mil mundos con su espada
se dispone, á la vez que hace en su mente
la excelsa apoteosis de su amada.

¡Oh mente humana en tus grandezas loca!
¡Tu destino en el cielo se halla escrito!
¡En cuanto el hombre mira, en cuanto toca,
se empeña en ver la luz de lo infinito!

Mas ¡ay! murió Luis! Su inmenso anhelo
le preparó la yerta sepultura;
¡quizá el amor arrebatóle al cielo
por no caber aquí tanta ventura.



LAS DOS NOVIAS